

# Recuerdos 2015



La Semana Santa de León  
vista a través de

Asociación  
**La horqueta**  
León

[www.horqueta.net](http://www.horqueta.net)

## Índice

Prólogo	página 2
Viernes de Dolores Recuerdos de Agustín Nogal Villanueva	página 3
Sábado de Pasión Recuerdos de Xuasús González	página 9
Domingo de Ramos Recuerdos de Rubén Rey Morán	página 16
Lunes Santo Recuerdos de Rafael Gil González	página 19
Martes Santo Recuerdos de Gonzalo Márquez García	página 22
Miércoles Santo Recuerdos de Cielo González Morala	página 26
Jueves Santo Recuerdos de Jorge Revenga	página 32
Viernes Santo Recuerdos de Emilio Blanco Díaz	página 41
Sábado Santo Recuerdos de Paco Frade	página 46
Domingo de Resurrección Recuerdos de Vicente Fernández Álvarez	página 49

**Fotografías:** Eduardo Álvarez Aller, Víctor Manuel Arteaga Tejerina, Nael Blanco, Javier Fernández Zardón, Xuasús González, Fernando González Menéndez, Cielo González Morala, Gonzalo Márquez García, Agustín Nogal Villanueva y Jorge Revenga.

## Prólogo



Desde que en el año 2004 la asociación La Horqueta se había lanzado a la aventura de crear un medio de comunicación exclusivo de la Semana Santa leonesa, todo cuanto tenía que ver con el mundo cofrade de la capital tenía su espacio en La Horqueta Digital. Todo, excepto lo que acontecía entre el Viernes de Dolores y el

Domingo de Resurrección, pues los *horqueteros* estábamos en la calle, y no ante el ordenador...

Precisamente para evitar ese *vacío* nació en 2006 la primera edición de *Recuerdos*, una publicación ideada a modo de *crónica* muy personal y especial de la Semana Santa de la capital, en la que diez autores –uno por Día– habrían de ser La Horqueta misma para, desde la acera, dar buena cuenta de cuanto sucediera entre Dolores y Resurrección.

*Recuerdos* gustó. Y, desde entonces, no ha faltado a la cita. Con esta son ya diez sus ediciones, una década de historia de nuestra Semana Santa vista a través de La Horqueta.

En esta ocasión, Agustín Nogal Villanueva, Xuasús González, Rubén Rey Morán, Rafael Gil González, Gonzalo Márquez García, Cielo González Morala, Jorge Revenga, Emilio Blanco Díez, Paco Frade y Vicente Fernández Álvarez se convierten en los ojos –y el corazón– de La Horqueta para que estos *Recuerdos 2015* sean ya una realidad. Ahora solo queda disfrutarlos...

## Viernes de Dolores

Recuerdos de Agustín Nogal Villanueva

### Inicio de la Semana de diez días

Ya estábamos casi en Semana Santa. Era jueves y al día siguiente saldría, al final del novenario, la Virgen de mi parroquia, que aunque ahora viva en el término parroquial de San Juan de Renueva, y naciera en el de San Marcelo, donde me bautizaron, para mí será por siempre mi parroquia, pues lo fue durante muchos años. Tenía que prepararme para cumplir el encargo realizado de relatar cuestiones y sentimientos personales, más que para perderme en cuestiones formales y de recopilación de hechos de forma impersonal, de ese viernes en que da comienzo una semana de diez días.



Toda festividad tiene su víspera. Y en el jueves por la noche, al finalizar la novena, tiene lugar ese acto entrañable de bajar la Virgen desde su altar y situarla en su trono procesional. Con mi hija, Paula,



acudí a presenciar este evento, que es casi un rito en el comienzo de la Semana Santa. Había mucha gente en la iglesia, tal vez demasiada, esperando a ver cómo se situaba la Virgen para su salida anual. Se respiraba un ambiente ya propio de la Semana Santa leonesa, con todo lo bueno y algo de lo malo que ello entraña.

Ya en la mañana del viernes, realizando un paseo por la ciudad, tras una breve visita a la iglesia para observar cómo iba el aderezo del paso, estuve observando un acto singular. Se trataba del descubrimiento de una placa ofrecida por la

Cámara de Comercio, idea de la cual fue impulsor el buen papón que es Pablo San José. Se sitúa en la fachada de la casa parroquial, en la calle Herreros. De esta forma la Cámara promovía un homenaje a la Virgen del Mercado. La placa contiene una reproducción de un cuadro de Luis García Zurdo, pintura de 1959, y unos versos del difunto Victoriano Crémer, con un cántico a "Aquella Virgen de la Calle". El evento sirvió también como reconocimiento a esos dos personajes ilustres muy ligados al barrio del Mercado.



Al abandonar el lugar pude saludar, en la calle del Hospicio, a un grupo que realizaba uno de los rituales de las juntas de gobierno de diversas cofradías, no muy conocido por el público en general. Se trataba de componentes de la junta de seises de la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno, con su abad a la cabeza, que estaban realizando un recorrido por las calles del cortejo procesional de la cofradía para observar los posibles obstáculos que pudieran influir en el desarrollo de la procesión. Aunque muchos no lo crean, o no lo conozcan, también los seises desarrollan más tareas que llevar vara en procesión.

Poco antes de la hora anunciada de la partida de la procesión me dirigí a ver la salida de la Virgen. Entramos en un compás de espera en medio de una aglomeración de gente cuya algarabía no lograba acallar ni los sonidos de las bandas que llegaban en ordinaria para participar en la procesión. Cumplí el ritual de saludar a muchos conocidos mientras observaba el acostumbrado intercambio de "invitaciones" protocolarias por los secretarios de las cofradías que acuden a la procesión.



Hicieron su aparición por el angosto portal la cruz parroquial y el estandarte del Mercado, anunciando que la procesión estaba presta para comenzar el recorrido. Se divisa la delantera del paso y comienza el toque y repique de las campanas del Mercado. ¡La Virgen ya está en la calle! La patrona popular de la ciudad inicia su recorrido anual.

Una emoción especial me sacudió al ver salir a la Virgen a la cual serví como bracero en mis años mozos. Acudía a pujarla con Máximo Cayón y con Eduardo Sacristán. Pero un año me encontraba desplazado por razón de mis estudios, y no pude acudir. Hasta me acuerdo que tuve examen de Electrónica en la tarde de ese Viernes de Dolores y no pude llegar a León. Al año siguiente me encontré con la sorpresa de que se había formado una agrupación de braceros y como no me había apuntado, inconvenientes de estudiar fuera, pues no me querían dejar pujar. Y para no montar más bronca, que ya bastante discutí, pues yo era de la parroquia por aquel entonces, al vivir en la calle Lancia en el número dos, y muchos de los que porfiaban en no dejarme no eran parroquianos, pues dejé de pujar en ese día, y no lo he vuelto a hacer. Pero ello no quiere decir que no sienta el paso como si siguiera siendo bracero del mismo.

Por la plaza del Grano el paso se dirige a las Carbajalas. Este año no escuché en directo el cántico con el que saludan las monjitas a la imagen que durante algunos años tuvo su albergue en ese convento, cuando se cayó parte de la techumbre del Mercado. La pequeña iglesia estaba llena a reborar en un acto que se ha convertido en un icono de la Semana Santa. Aunque la megafonía permita oír lo que ocurra en el interior, no es lo mismo que presenciarlo en directo, pues hay más sensaciones que las que proporciona el sentido del oído.

Y de allí a la calle Santa Cruz, para verla con mi mujer, Anne, con mi hija, y con mis amigos Roberto y Marina. Para mí esta calle tiene un sentimiento especial en las procesiones, siempre iguales y a la vez diferentes.



Venían largas filas de mujeres que se agolpan a lo largo de procesión con sus velas encendidas, que más de una vez han provocado algún susto. El andar con fuego siempre es peligroso, y ya sufrió mi capa un año al verse impregnada de cera. Con tanto fuego en la

calle, a veces he pensado que sería precisa la asistencia de un grupo de bomberos.

Vi pasar a la junta de gobierno de Angustias, en forma de cofradía, es decir, en filas y con la pendoneta y el guion en el centro, recordando los años en los que así había participado en este desfile. Anteriormente la cofradía figuraba delante del paso, lugar ahora ocupado por un buen puñado, más bien por dos o por cuatro, de manolas con sus airosas mantillas.



Y volví a prestar atención a esa imagen, a esa representación de Nuestra Señora, a la que miramos sin que Ella nos observe pues tiene los ojos fijos en ese su Hijo muerto que abraza. Se muestra ausente pero no hay duda que es la reina de la ciudad de León y todas las miradas se posan en ella.

Atajamos para ir a Santo Domingo. Un recorrido plagado de visiones de amigos, con papones que comienzan a vivir la Semana Santa. En este caso eran papones de acera, y personas conocidas que en estos días renuevan el saludo no solo como conocidos sino como compañeros de procesión, con los que se comparten sentimientos, tradiciones, y nostalgias, sobre todo por las ausencias.

La procesión en Santo Domingo pierde su forma. Las personas que participan en ella se van agolpando para contemplar de cerca a esa Madre que los Viernes de Dolores se deja ver en público. Las bandas, que venían tocando lejos del paso, enmudecen. Se forma un remolino alrededor de donde el paso se gira y se dispone para entonar La Salve con ese canto a dos voces, braceros y público, que siempre resulta emotivo de escuchar.



Con tiempo suficiente me dirigí con mi hija al templo del Mercado, con una iglesia ya casi repleta, pero que aún pudo albergar más gente. Pudimos subir al coro a través de angosta escalera curva, como si fuera de acceso a un



castillo almenado. Nos situamos en primera fila para observar desde allí la entrada en lo que iba a ser una visión nueva para mí. La he visto entrar como bracero portándola encima, y como seise de Angustias, que habiendo participado en la procesión la observan desde la parte delantera en lugar reservado. Esa perspectiva me era desconocida. La espera se hace larga. Había tanta gente que llegué a pensar si la estructura de madera aguantaría tanto peso. ¡Cosas de ingenieros! ¡Deformación profesional! Se va despejando de gente el pasillo central. Se va viendo que llegan participantes en la procesión, braceros adelantados.

Entra la Virgen y la emoción es palpable en el ambiente. Con marcha de bracero, andar firme y sostenido, va avanzando el paso hacia al altar mayor, para situarse en el lateral desde el que efectuó su salida.

El himno y cántico a esa Virgen del Camino, reina y madre del pueblo leonés, me pone "carne de gallina".

La Morenica ya está amparada en su templo. Abandonamos el lugar con la retina aún plena de la visión de la recogida. Y, no sé por qué, pienso que si para volver a situar la Virgen en su altar habrá tanto público como para bajarla del mismo. Pero es una pregunta retórica, pues estoy acostumbrado a recoger los elementos procesionales y ya conozco que para ese menester siempre hay menos brazos que los dispuestos para que salga la procesión.

Habíamos quedado con los amigos, pues estos tiempos son también para disfrutar con ellos y continuar las tradiciones, aunque sean paga-



nas, pero surgidas en el seno de la Semana Santa. Y la costumbre para mí en ese día, desde hace unos años que dejé la Junta de Angustias y Soledad, es ir a cenar con los montadores de Angustias.

Y entre platos de escabeche de tino con aceitunas negras y bacalao, con buena limonada para refrescar la garganta, con postre de queso curado, ¡manjares de viernes!, en la Hospedería del Convento de las Carbajalas, finalizó para mi ese día, reponiendo fuerzas.

Al siguiente comenzaba oficialmente el montaje, aunque ya hubiéramos trabajado en ello durante mucho tiempo. Y en reunión de papones, como siempre, porfiando sobre pasos y cofradías, y charlando sobre lo que se preveía iba a ser la Semana Santa y las posibles incidencias, que había que comentar para que no sucedieran imprevistos sobre los que reaccionásemos adecuadamente el grupo de montadores.



A todos, en el año 2016, ¡buena Semana Santa!, de esa semana que en León tiene diez días, pues comienza en Viernes de Dolores, y termina en Domingo de Resurrección.

¡Buena procesión!

## Sábado de Pasión

Recuerdos de Xuasús González

### Sábado de Bienaventuranza

Acaba de comenzar la Semana Santa, y ya estoy hecho polvo. Es cierto que, entre unas cosas y otras, el Viernes de Dolores acabó un *pelín* tarde, pero aun así... Debe de ser que me voy haciendo mayor...



Diez de la mañana –eso *decía* el despertador– del 28 de marzo de 2015. Sábado de Pasión, que llaman también “de Dolores”. Cielo despejado. Todo parecía indicar que la jornada se iba a dar bien; y, más aún, las previsiones meteorológicas eran buenas para toda la Semana Santa.

En estos días, no se *respira* igual en León; tiene algo –no sé muy bien qué– que lo hace distinto. Especial. Y eso fue lo que, quizás, de forma más intensa, percibí al pasar por las inmediaciones de Santa Nonia; la caseta y la carpa –sin ir más lejos– advertían que ya estábamos *metidos en harina*.

Este año, ‘tocaba’ en León la Procesión de Hermandad, esa que organizan conjuntamente la hermandad de Jesús Divino Obrero de León y la cofradía de Jesús Nazareno de La Bañeza, alternándose ambas localidades en su puesta en escena. Y, por ello, hoy podríamos ver por las calles de León la Piedad de la penitencial bañezana, copia realizada por Mariano Nieto de la original de Gregorio Fernández.



Así, me acerqué hasta la Filial, donde estaban preparando la procesión. Allí, además de los pasos de la Piedad de La Bañeza y de Las Tres Marías –la Soledad, la Magdalena y Salomé– de Jesús Divino Obrero, que saldrían por la tarde, se encontraba también la Borriquita leonesa, que aguardaba su momento hasta la mañana siguiente.

De allí me fui a Santo Martino, en donde la cofradía de Jesús Sacramentado ultimaba ya los preparativos para su salida procesional, que presentaba entre sus novedades el fajín de la Virgen de la Esperanza, la túnica del Cautivo y la segunda fase del tallado del trono de este paso.



Además, allí, a un lado, como supervisando el 'montaje', se encontraba la imagen de Jesús de la Esperanza, el Cristo yacente color bronce, obra de Melchor Gutiérrez San Martín, que durante muchos años fue el Titular de esa procesión y que, según se decía, era su intención que volviera a procesionar a partir de 2016.

Apresurado, me dirigí después a Santa Nonia, pues quería pasar al menos unos minutos en el templo, antes de que comenzara la reunión de manolas de la cofradía de Jesús –que prácticamente llenaban la iglesia–, prevista para las 13:00 h. Y me dio tiempo.



De ahí me acerqué hasta la carpa, pero ya estaban reunidos los braceros que iban a sacar a la calle el paso de la Crucifixión de la cofradía de Jesús el Martes Santo, para participar en la procesión del Perdón. Sería de forma extraordinaria, en recuerdo de aquel 13 de abril de 1965, en que hizo lo propio en la primera procesión que orga-

nizó la cofradía *ferroviaria* en su historia, de la que se cumplía medio siglo.

Me encaminé después hacia la iglesia de San Claudio, en donde suponía estaría ya el Santo Cristo de la Bienaventuranza a la espera de su salida en viacrucis, al caer la tarde. Era la una y cuarto.



Allí estaba, como esperándome, en la parte izquierda del presbiterio. Ese Cristo *Moreno* que siempre me escucha, el que se venera en la parroquia, el mismo al que, esa tarde-noche, acompañaría –sí– en su caminar por su barrio, pero desde fuera del cortejo. *Recuerdos* mandan.

Nada más había de extraordinario en la iglesia. Unos cuantos minutos a solas, Él y yo. Rezándole. Dándole gracias. Y un beso. El primero de la jornada.

Tras tomar una limonada con Juan Carlos, seise de *mi* Cristo de la Bienaventuranza, decidí acabar la jornada matinal en las Carbajalas, donde la Redención preparaba la procesión del día siguiente; no sin antes –faltaría más– intercambiar impresiones y pareceres, limonánda en mano, con Manolo, horquetero con el que he compartido unas cuantas vivencias... y hasta unas *cañailas*.



Comida rápida, siesta tan obligada como merecida, y vuelta al *tajo*. Menos de diez minutos faltaban para las cinco de la tarde, hora prevista para la salida de la procesión de Hermandad, y la banda bañezana llegaba en ordinaria.



A las cinco y cinco arrancaba el cortejo. Tras las cruces de ambas penitenciales se situaba la agrupación de Jesús Divino Obrero, formación musical que incluye gaitas, trompetas, tambores y bombo, y que salía por vez primera en procesión.

A continuación se situaban hermanos de la cofradía bañezana del Nazareno, y su paso de La Piedad, acompañado por su banda de cornetas y tambores, cuyos músicos procesionaban con túnica, pero sin capillo.

Tras ellos, hermanos y manolas de Jesús Divino Obrero, y el paso de Las Tres Marías, al que ponía música la banda de cornetas y tambores –ya sin gaitas– de la hermandad.



Y, por último, cerraba el cortejo la presidencia, en donde se encontraban los máximos mandatarios de ambas penitenciales, y el sacerdote.

Me encaminé después hacia Santo Martino, para ver la salida de Jesús Sacramentado, prevista para las seis de la tarde. Y así

fue, con puntualidad británica y tras el correspondiente voto de silencio.

Con la procesión ya formada, mi fui de nuevo en busca de la de Hermandad, que a las siete menos cinco se encontraba por la calle de La Rúa. Y allí la vi.

Justo a continuación pasó la de Jesús Sacramentado. Cruz de guía, guion de la cofradía y diversas insignias precedían al paso del Cautivo, que avanzaba a los sones de La Victoria con su característica forma de 'andar' que, de alguna manera, recuerda a pasos del sur llevados a costal. A continuación se situaba el paso de la Piedad, acompañado por la banda de Minerva, que por primera vez en esta procesión lo hacía ataviada con su uniforme y no con su túnica. El último de los pasos, la Virgen de la Esperanza, procesionaba con la música de la agrupación de la Bienaventuranza, que vestía también de uniforme. Y, por último, las representaciones cerraban la procesión.



Las tres bandas, pues, vestían de uniforme; y aunque seguirá habiendo quien se rasgue las vestiduras –es asunto de gran controversia cómo han de vestir las bandas de cofradías–, el cortejo, al menos en mi opinión, resulta mucho más vistoso.



De ahí, tras la correspondiente limonada, me encaminé hacia las Carbajalas, en donde las monjas estarían ya rezando las Vísperas, y a cuyo término tendría lugar el besapié al Cristo de la Redención. Es un acto íntimo que invita

al recogimiento, a la reflexión, a la oración. Para no perderselo, vamos.

Al besapié le sigue, en el patio del convento, la degustación de limonada y queso a la que invita la cofradía de rojo y negro; y que es un buen momento para conversar sobre cualquier cosa... 'semanasantera', claro.



Hacia las ocho y media volví al encuentro de Jesús Sacramentado, que empezaba a subir por Fernández Cadórniga. Y da la casualidad de que allí viven Tino y Elvira, los abuelos maternos de Merce –quien me 'aguanta' día sí y día también; y quien vive conmigo, ni que decir tiene, estos *Recuerdos*–, que amablemente me ofrecieron su balcón para ver la procesión. Y no pude decir que no...



Y allí estuve hasta que terminó de pasar el cortejo, que avanzaba lentamente. Muy lentamente. Y, después, me encaminé ya hacia San Claudio, de donde estaba previsto que saliera hacia las 21:15 h. el

viacrucis de la Bienaventuranza –el momento cumbre en mi Sábado de Pasión– una vez finalizara la eucaristía.

Acompañar al Cristo *Moreno* de San Claudio por las calles de su barrio es para mí, sin duda, uno de los momentos más emotivos de la Semana Santa. Después de toda una vida ligada a la parroquia, estar tan cerca de Él hace que, sin querer, se agolpen en mi mente un sinfín de recuerdos, de vivencias, de sentimientos, ... Tanto que decirle... Tanto que agradecerle... Con apenas una mirada es suficiente.

Era la primera vez en muchos, muchos años, que vivía el viacrucis desde fuera del cortejo. Razón de más para que fuera, si cabe, una jornada muy especial.



No solía haber mucha gente en la calle para verlo. Tampoco importaba. Pero este año, al llegar a las inmediaciones de la iglesia, había cierto ambientillo...

Pasaban ya unos minutos de las nueve y media cuando, por fin, llegué a la altura de la cabeza del cortejo. La cruz parroquial, precedida por la ronda de la cofradía –carraca, tambor y trompeta– y un par de seises, se



encontraba ya en la avenida de la Facultad, aunque no había avanzado más que unos cuantos metros. Tras ellas se situaban la cruz de guía, el guion de la cofradía, la cruz de difuntos y el *titulus* –*Jesus Nazarenus Rex Iudaeorum*, redactado, además de en latín, en hebreo y griego– que será clavado en lo alto del *stipes* de la cruz.

A continuación se situaban los hermanos de la penitencial: primero, los libres de puja, algunos de ellos con cirios; y, después, los turnos

de puja, grupos de braceros y braceras que tendrían la suerte de llevar directamente sobre sus hombros, durante un rato, al Santo Cristo de la Bienaventuranza. Uno, que lo ha vivido, puede afirmar que es imposible explicar con palabras qué se siente ...



El Cristo, a continuación, avanzaba solemnemente a golpe de horqueta, acompañado por la música de capilla del trío Legio VII, que propiciaba un ambiente, si cabe, más íntimo y recogido. Anesio,

capellán de la cofradía –que dirigía el rezo de las estaciones de viacrucis– y los fieles que participaban en el desfile procesional daban paso a la junta de seises de la cofradía, que cerraba el cortejo.



Vi pasar el viacrucis en cuatro o cinco lugares diferentes –con parada para reponer fuerzas incluida–, y acompañé

al Cristo también durante un rato. Y me adelanté después al cortejo para esperar su llegada en el interior del templo parroquial. Así me lo



había recomendado Jorge Revenga –que pasó antes que yo por estos *Recuerdos* horqueteros–, y le hice caso. Y fue todo un acierto.

Unas cuantas personas aguardaban pacientemente en la iglesia, en medio de un silencio sepulcral y en penumbra, la vuelta

del Cristo a su casa. Podía oírse como, poco a poco, se iba acercando el viacrucis; unos cuantos sonidos que, en la calle, quizás pasen desapercibidos, pero que desde el interior del templo, hacían vivir la espera de forma muy intensa.

Hacia las once y diez entraba el Cristo en la iglesia, mientras el trío de capilla interpretaba *La Madrugá* de Abel Moreno, marcha 'obligada' desde años atrás, cuando era interpretada por violinistas. Es, probablemente, el momento cumbre del viacrucis. Sobrecogedor.

Y ya, como colofón, un besapié al Cristo ponía el punto final a la jornada. Pocos gestos tan sencillos como un beso son tan hermosos y quieren decir tanto...

Eran las once y media cuando salía de la iglesia. Cena rápida y a la cama, que *esto* no había hecho más que comenzar, y al día siguiente madrugaba para ir a misa a Santa Nonia.

Apagué la luz a eso de las doce y media, que era *de facto* la una y media, pues esa noche comenzaba el horario de verano y disponíamos de una hora menos de sueño. Lo cierto es que no me dio tiempo a pensarlo mucho; estaba tan cansado que no creo que tardara ni un minuto en quedarme dormido... con la imagen del Santo Cristo de la Bienaventuranza en mi mente, y una sonrisa en los labios.



## Domingo de Ramos

Recuerdos de Rubén Rey Morán

Parece mentira que en estos tiempos en los que vivimos, donde se valora sobremanera el escaso tiempo de ocio que a todos nos dejan nuestras obligaciones laborales, sobrevuele el recuerdo como gesto amable el de despertarse un domingo antes del alba. Y sin embargo, así es. Y no por ese sonido incómodo que desde la mesita de noche te anuncia la llegada de un nuevo día, sino porque ese día sabes que es especial. Domingo de Ramos. Otro más.

No sé si recuerdo mi Domingo de Ramos por algo especial, o por nada en particular. Le pasa como a la Semana Santa misma, que desde fuera siempre parece idéntica pero desde dentro está llena de



mil y un matices. Esa emoción que da el llegar a Santa Nonia a recoger la palma con el relente leonés como único acompañante solo se puede acercar, aunque sea un poco, a la que se vivirá días después en ese mismo lugar para ayudarlo a Él a llevar su cruz por la vía dolorosa leonesa... Pero todo a su tiempo.

La agenda de un papón en época de Pasión da lugar a pocas novedades. Domingo de Ramos: tradicional misa, desayuno familiar y visita a las juntas de hermanos de las penitenciales históricas. O simplemente, a las de casa. Cómo no

notar el paso de los años, el poso de las ilusiones y de los sinsabores, y ver la ilusión en los ojos de un niño. Y volver a sentir algo especial porque esos ojos ilusionantes no son los de un niño cualquiera, son los del tuyo. ¡Si parece que no hace tantos años era a mí mismo a quien llevaban de la mano a estos sitios! Y ahora es mi mano la que vuelve a enseñar el camino. Una vez más. Una generación más. Recuerdos...



Y ver esa emoción en los ojos de otra persona es lo que hace que todo adquiere un sentido especial. De esta manera acompañamos a Jesús en su entrada majestuosa en esta Jerusalén tan particular que es León. Palmas, niños, alegría y globos. Nada que ver con los tristes días que se avecinan. Y con una

tarde que se adivina como el amargo prólogo de un libro del que ya sabemos el final.

Mañana de abrazos, de saludos, de ilusiones; y momento para acordarnos de los que no están, de los que nos acompañaron y enseñaron. Y de quien siempre me felicitaba en este día, que por caprichos lunares siempre cae en fecha cambiante. Siempre en este día de palmas y olivos. Y siempre la misma frase familiar, "Tú naciste un Domingo de Ramos".



La alegría del día se diluye poco a poco y se va tornando en cansancio, pero eso no impide ver esa procesión que asoma por el Arco de la Cárcel, con los primeros esfuerzos de braceros y braceras que no hacen sino confirmar que ya llegó la Semana Santa. Y el niño, sacando fuerzas de hombre (de papón) no pierde detalle. Y los primeros compases y redobles de tambor que durante una semana de diez días serán la banda sonora de la ciudad.

Prisas, pisotones y obleas. Vuelta a empezar. Un papón de capillo rojo que pica a la puerta del viejo convento. Y sale la procesión. Otra más. Solemne y majestuosa. El pequeño papón, en otros

momentos del año, revoltoso e impaciente (cosas de la edad), sigue bajo el efecto hipnótico al ver ese Cristo bañado en luz, con su caña a modo de cetro real o clavado en su cruz. Y suenan acordes conocidos para el que esto suscribe. La que otrora fuera "su" banda marca el paso del paso. Y al paso. Cómplices miradas y saludos de soslayo de los que compartieron horas de afición y música sin más recompensa



que vivir un hobby que para unos dura una semana pero para otros un año. Que de recuerdos. Recuerdos...

Todavía se consigue sacar un último esfuerzo para ver a la Madre, con sus lágrimas y su pena, al paso de ese Hijo que rodilla en tierra y cruz al hombro,

nos marca a todos el camino a seguir. Muchas vivencias para un día importante porque, al fin y al cabo, las experiencias de hoy son los recuerdos del mañana. Qué bonito contar con unos días al año que son semillero de esas costumbres que nos marcan como persona. Parece mentira, en estos tiempos en los que vivimos...

## Lunes Santo

Recuerdos de Rafael Gil González



Amanece cansado el Lunes Santo en León. La resaca de estos primeros tres días de Semana Santa, hace que la cabeza no esté en el trabajo, sino en las vivencias del fin de semana y en lo que estará pasando esta mañana en lugares como Santa Nonia o San Marcelo, desde donde esta tarde partirán algunas de las procesiones del día.

Llega la ansiada hora de salir del *curro*, comida rápida, una siesta corta y a la calle a disfrutar de la semana grande. Primer destino, Santa Nonia; hay que ver como está "El Jefe". Todo perfecto, El Nazareno y las titulares de Angustias y Minerva están preparados para procesionar. Desde ahí dirijo mis pasos al patio del Albéitar para ver cómo avanzan los preparativos de la Bienaventuranza para el Jueves. Un café rápido con algunos miembros de su Junta de Seises y un agradable paseo con mi amigo Juan Carlos para acompañar a la Agrupación de la Bienaventuranza, que sale en ordinaria desde la Catedral a San Marcelo.

Una pequeña carrera por Independencia y Santa Nonia para ver el comenzar largo y un poco tedioso de la procesión de la Pasión, esa que organizan las tres cofradías más antiguas de la ciudad, Minerva, Jesús y Angustias, las negras.

Cientos de hermanos y hermanas de filas acompañan a Nuestra Señora de las Angustias, que es el primer paso del cortejo; más de veinte minutos



pasando papones, que hacen que un poco de conversación agradable en buena compañía alivie la espera y, por fin, aparece El Nazareno, hoy camina solo, sin compañía del Cirineo. Es junto a la Morenica la



imagen más reverenciada en León, y eso se nota; a su paso hay cientos de fotos, miradas, rezos, suplicas, pensamientos... Los alrededores de Santa Nonia son un hervidero de gente, y son pocos los que se van antes de que asome por las puertas de la capilla la Virgen de la Piedad de Minerva, que es el paso que cierra esta procesión.

La gente se dispersa poco a poco, y aprovecho para hacer una parada y disfrutar de una limonada rica en la Cantina Darío, con una tapina de hígado y un ambiente a Semana Santa que hace la experiencia única e inigualable.

Dirijo mis pasos hacia la plaza del Grano, en donde ya ha comenzado el viacrucis de la Redención. Con los toques de un tambor destemplado, Nuestro Señor Jesús de la Redención sale del monasterio de las Madres Benedictinas y recorre la plaza recordando la Pasión de Cristo a través de las 14 estaciones del viacrucis. La noche va cayendo y hace que el acto sea sobrecogedor, a pesar de que la plaza esté prácticamente vacía. Es un buen momento para estar solo y pensar, rezar...



Salgo de la plaza y en Fernández Cadórniga, con la noche ya cerrada sobre nuestras cabezas, me encuentro con la procesión de la cofradía del Santo Sepulcro. En un increíble silencio pasan lentamente decenas de hermanos de filas y su agrupación musical a golpe de tambor, tiñendo, con el blanco de sus capillos, la oscura noche leonesa.

Detrás, portado por 16 hermanos y en unas andas bastante raras, aparece el Santísimo Cristo Esperanza de la Vida, iluminado tenuemente por cuatro pequeñas lámparas en las esquinas del paso. Tras él, avanza un grupo de mujeres vestidas de luto, con la cabeza

cubierta y portando una vela, que rompen el silencio cantando al Señor los rezos de las Cinco Llagas.

Avanza la noche y el cuerpo pide avituallamiento; nada mejor que un par de limonadas en la Rúa, en el bar La Concha, donde el bueno de Vicente tiene empapeladas las paredes con carteles de Semana Santa de toda España.

Una vez repuestas fuerzas, dirijo mis pasos hacia Botines. Allí cierro el día viendo la recogida de la procesión del Rosario de Pasión, que organiza la Hermandad de Santa Marta y de la Sagrada Cena. Salen a la calle en este desfile procesional seis imágenes de diferentes pueblos e iglesias de nuestra ciudad, pujados en andas mucho más pequeñas a las que estamos habituados a ver en León.



Bajando la calle Ancha aparece la Oración en el Huerto, seguido de la sección de las samaritanas y del Cristo atado a la columna, que viene meciéndose a los sones de la Agrupación Musical del Santo Cristo de la Bienaventuranza, que viste traje de gala e interpreta *Pange Lingua*.



Detrás se perfila delante de Botines el *Ecce Homo*. A continuación asoma, con su silueta reflejada en el palacio de los Guzmanes, el Nazareno, rodilla en suelo; y tras él, Jesús Crucificado, seguido de la Agrupación Musical La Cena, que en estos momentos hace sonar su música con fuerza. Y, tras ella, cerrando el cortejo, la pequeña Piedad de San Marcelo.

La tarde noche ha sido intensa, las fuerzas empiezan a flaquear y mañana el despertador sonara impasible a la misma hora de siempre. Toca ir a dormir y soñar con lo que nos queda por disfrutar esta semana, que aún es mucho. Buenas noches.

## Martes Santo

Recuerdos de Gonzalo Márquez García

Aquel último Martes Santo vivido en León, el que llegará en apenas unos días, de nuevo, cíclica y eternamente, fue un día de poco descanso, unas escasas horas de sueño y mucho ajeteo, simplemente porque es un día de Semana Santa. Y a los que estas dos palabras nos entran en el alma del modo que sabemos, nos provoca necesidad de acudir a todos los lugares donde huele o puede oler al incienso que santifica aquellos espacios donde el Señor en su Pasión, y su Santa Madre, hacen el milagro de aparecerse de la mano de una u otra cofradía.

La madrugada del Martes Santo la comencé en el bar Begoña, *cofradiero* y con solera; me acogió después de colgar mi túnica de penitencia de la Vera Cruz tras poner el hombro bajo la Piedad de



San Martín, para que su Pasión acompañase a los hermanos del Nazareno y de las Angustias. Un bocadillo y dos vasos de limonada suponían el aporte nutricional a ese bendito y nada sacrificado esfuerzo de ser bracero leonés. Bien debía venirme la cena tardía para una larga madrugada de trabajo nocturno que decidí inter-

rumpir con la amanecida de un nuevo día soleado en la Semana de la Pasión. Caridad y Esperanza fueron las dos virtudes que me tuvieron en vela. Así, en la plaza de Puerta Obispo y en la calle Cien doncellas, mi mente continuó elaborando la Ronda Lírico Pasional Luis Pastrana Giménez, que este año me había encargado la cofradía Santo Cristo del Desenclavo de la iglesia de Santa Marina.

Descanso y almuerzo precedieron la visita a la capilla de Santa Nonia donde se exponían los tres pasos de la cofradía de las Angustias, que habrían de llevar a las calles la devoción penitencial más antigua por la Madre leonesa de Dios. La Virgen de las Lágrimas, la de las Angustias y Nuestra Señora de la Soledad se disponían en el interior de su casa; pero entre todas ellas destacaba una, la Soledad de la Madre de Dios. Sus añadidos en los guardabrisas traseros, y una candelería delantera perfectamente colocada y encendida, hacían maravillosa la visión de la Señora de la noche del Martes Santo. Se notaba el empeño y mimo del hermano



Aitor porque luciera perfecta en aquella noche, aunque el viento jugara una primera mala pasada nada más tener la Señora sus pies en las calles de la ciudad.



Fotos, charlas y admiraciones compartidas me llevaron de nuevo a mi casa a esperar la llegada del momento más excepcional del Martes Santo. Cuando el Señor del paso de la Crucifixión de la cofradía del Nazareno, volviera a hacerse presente en la procesión de la cofradía del Perdón que, para celebrar su cincuentenario, había variado recorrido, y solicitó a la cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno, que aquel crucificado con el que salió a las calles leonesas por primera vez en 1965, estuviese presente durante un trecho de su estación de penitencia, acompañado por la banda de cornetas y tambores de su hermandad de Jesús Nazareno.

Así llegó de modo extraordinario a la plaza de las Concepciones. Fotos y sabor distinto del Martes del Perdón. Túnicas negras con emblemas morados nazarenos habían invadido la calle San Francisco, aguardando a la cruz de guía de la cofradía ferroviaria del barrio de la Vega, y el momento de incor-





porarse a la procesión del Perdón. Así fue, y braceros de Jesús Nazareno y banda se mezclaron con los hermanos, de marrón túnica franciscana, del Perdón, en una bonita iniciativa, quizás escasa, porque se hubiese justificado bien que el Crucificado de Jesús llegase a la parroquia franciscana de la Vega. De todos

modos, este momento, queda ya grabado en la historia cofrade leonesa y, para mí, había terminado así, y tan temprano, el Perdón del Martes Santo leonés cuando se alejaba la trasera del palio de la Virgen de la Paz camino de la Plaza de Regla de la Catedral de León.

Salían la cruz y ciriales de la antigua capilla de la Esclavitud y me fui a la calle de Santa Nonia, a encontrarme con la Madre de Dios en las advocaciones dolorosas de la cofradía de las Angustias en la procesión Dolor de Nuestra Madre.



Más fotografías, la observación de la concentración que mantenía mi amigo Nardi, del restaurante Adonías, absorto con la reina de las Angustias y con María en su Soledad, y los saludos a mi

hermano, a mi sobrina ahijada, y a mi amigo Alberto y su hija Julia, fueron una parte más de la tarde, que sería de más fotos de la misma procesión, en su discurrir por la plaza de las Cortes leonesas. Momento de buscar otro escenario donde se representaba la Pasión de Dios por las gentes de León.



La iglesia de San Francisco era el lugar donde asistir al Vía Crucis en espacio eclesial más hondo. De los que marcan el alma del observador, del creyente y del ajeno curioso de ver, que es lo que allí dentro pasa.

Los cofrades de la Expiración protagonizaban con el Cristo homónimo, el mal llamado Cristo de los Toreros, el ejercicio de un silencioso vía crucis con los cánticos de mujeres entonando antiguas coplas en desuso y de valor etnográfico. Fotografías, austeridad, recogimiento y dos objetos, un sombrero y un



paraguas, sobre en el trono del Señor Nazareno de Medinaceli, ya preparado para la procesión de Silencio del Miércoles Santo, definían mis instantes en aquel espacio de tal importancia y que tanta trascendencia cofrade leonesa ha tenido que, por otro lado, son aspectos obviados y suponen un injusto maltrato histórico de nuestro sentido y herencia como papones, que tiene como resultado mantener un estatus de ignorancia cofrade importante.

Reflexiones aparte, tocaba volver a casa, a esperar la visita de la cofradía de las Angustias a las madres del convento de las Concepcionistas, casa leonesa de la



Pura y Limpia, consagrada en 1515 por Fray Francisco de los Ángeles, un Quiñones de León, nombrado Cardenal de Santa Cruz por el Papa Clemente VII y que está enterrado en la Iglesia de la Santa Cruz en Roma. Fotografías desde el balcón y el deleite de los cánticos de gloria de las escasas monji-

tas de la congregación de la casa de la Madre "*Sine labe concepta*", fueron el preludeo al tiempo de continuar con la elaboración de textos para la Ronda Lírico Pasional Luis Pastrana Giménez, que a solo 24 horas de su verificación, aún estaba pendiente de finalizar.

## Miércoles Santo

Recuerdos de Cielo González Morala

### Miércoles Santo, miércoles de Sentimiento

El Miércoles Santo, desde hace años, es una jornada cargada de recuerdos para mí. Preludio del día en que mi cofradía procesiona, lo dedico desde primera hora de la mañana a montaje, traslados, preparativos, cafés y limonadas con mis hermanas de María del Dulce Nombre.

Hacia las ocho de la tarde, mi participación como miembro de junta de seises en alguna procesión solía impedirme disfrutar de la actividad *semanasanta* que invade las calles de León. Por ello, cuando el pasado año me propuse asistir a todos y cada uno de los actos y procesiones que el programa recopilaba para el Miércoles, no tenía ni idea de lo complicado que sería cumplir mi objetivo.



Comienza aquí, a petición de un amigo papón, ignorante de mis escasas dotes literarias, el relato de cómo vivió ese día, esta papona leonesa...

El Miércoles despertó soleado y, tras una visita breve a mi puesto de trabajo, tomé la calle con brío

y decisión para dirigirme al patio de los Franciscanos, con el fin de participar en la última jornada de montaje y preparativos destinados a organizar y dar lustre a nuestra procesión del Jueves Santo.

Tras echar una mano en alguna que otra tarea del montaje, subida de imágenes y colocar velas y jardineras, me reuní con las hermanas más jóvenes del grupo. Nuestro objetivo era preparar las flores que se entregan a los componentes de las bandas, a las escoltas y a otros invitados a participar en la procesión. Es una labor que no se valora mucho, pero que hacemos muy ilusionadas y orgullosas. Clavel por

clavel, vamos abriendo la flor tras darle calor con un golpe de aliento, antes de agruparlos en unos trescientos ramilletes. Momentos divertidos entre comentarios y carcajadas de estas hermanas que, con su juventud y cariño, me hacen vivir siempre, en esta sencilla tarea, el sentido de la palabra "hermana". Año tras año se muestran divertidas con mi comentario habitual: "¡para que se abran bien, echadle vaho a las flores, que así se las llevan llenas de cariño!".

A mediodía, cuando el trabajo ya estaba prácticamente culminado, otro momento de hermandad: la tradicional comida del grupo de montaje. Momento para reponer fuerzas con viandas y comentarios alegres, consiguiendo de este modo superar el cansancio que estos días se acumula.

Y cuento todo esto porque me pidieron que contara todos los recuerdos de ese día, sin centrarme únicamente en el programa de procesiones. Los recuerdos son fundamentalmente los de mis hermanas del alma, uniendo esfuerzos por sacar a la calle al día siguiente sus tronos relucientes, con hermosos arreglos florales que arrancan la admiración de aquel que los observa, con las imágenes tan dignamente vestidas, los sudarios, los numerosos elementos procesionales y un sinfín de símbolos en plata y madera que convertirán la tarde del Jueves de muchas paponas, en una tarde muy especial.

Al caer la tarde me despido de ellas y me dirijo a la plaza Torres de Omaña con mis tres hijas. Tienen mucha ilusión por ver el cortejo dorado de las hermanas de la Cofradía de la Agonía de Nuestro Señor; por fin la meteorología ha sido justa con ellas.

Las niñas comentan que en ese mismo lugar, el pasado año, estas paponas se dieron la vuelta a golpe de ordinaria por la tromba de agua. Colocadas en primera línea para no perder detalle, les llama la atención el escaso número de hermanas que hay fuera de los tronos, casi todas de corta edad. Las más pequeñas, que llevan la cara descubierta con una especie de caperuza, arrancan una exclamación a la mediana: ¡son caperucitas doradas!



Cuando el "Jesús del Viacrucis" pasa por delante, una Seise me reconoce, las dos miramos al cielo y comento sonriente: "no llueve este año". Ella asiente: "al fin no llueve".

Tras finalizar la procesión, intentamos hacernos un hueco en las aceras de la calle Mariano Domínguez Berrueta. Ha empezado a oscurecer, miro el reloj y me doy cuenta que me resultará imposible llegar a tiempo al Barrio de San Francisco de la Vega, donde pretendía asistir al Viacrucis organizado por los hermanos del Santo Cristo del Perdón; otro año tendrá que ser.

El *Lignum Crucis* aparece dejando al fondo el antiguo consistorio. Qué hermosa la estampa que se incrusta en mi retina con cada paso que avanza, con el silencio que los mece, con las numerosas manolas que completan el cortejo en esta calle estrecha de luz amarillenta.

Me impresiona la continuidad de esta procesión en el punto que me ubico; apenas se aprecia más separación entre los seis pasos que la impuesta por las bandas.

Mis hijas se han ido y observo solitaria. Huelo el incienso que los hermanos más pequeños dejan tras de sí. Me emociono en silencio y con la desinhibición que me permite este sentimiento de soledad, dejo que las lágrimas afloren. Me sorprendo conteniendo la respiración durante el paso de las bandas. El toque de la campana de Nuestro Padre Jesús de la Humillación y Paciencia me devuelve a la realidad.



Nuestro Señor de la Salud serpentea durante unos segundos, pero rápidamente los braceros lo enderezan y avanzan a golpe de tambor. Unas veinte mujeres lo acompañan y me hacen recordar a una buena amiga, que hace unos doce años caminaba de manola prácticamente sola tras este mismo paso.

Del Santo Cristo del Desenclavo me impresiona su tez blanquecina. Le acompaña una marea azul de notas, la banda de la Bienaventuranza interpretando "Alma de Dios".

Recibo un mensaje: "el Silencio ya está en la Rúa, de regreso a San Francisco". Necesito unos minutos aún para ver finalizar la procesión: ¡yo no me muevo hasta que vea pasar la Amargura!



Y así lo cumplo. Pasan las representaciones y comienzo a andar muy deprisa. Voy en busca de la Procesión del Silencio; atravieso el Húmedo y comienzo a bajar la cuesta de Fernández Cadórniga. Al fondo veo el convento de las Concepcionistas; me temo que ya hayan pasado, pero no es así.



Están llegando desde la rúa. Aprecio la sobriedad, el respeto y el silencio; solo se escucha el tambor, la campana y el golpe de horqueta que marca el paso de los portadores del Cristo de Medinaceli y, en su parada, el rezo del Credo.

Me siento como una intrusa al observar esta comitiva de hombres; les sigo hasta la iglesia del convento de San Francisco. Allí, junto a un centenar de personas que dejan fundir su quietud y silencio con el de los hermanos, veo entrar al toque de tambor al Cristo en el templo y a doce hermanos que portan el Crucificado a hombros.

Son las once. Retomo mi cometido de asistir a los actos que quedan pendientes. Sin prisa, pero sin pausa, me encamino a Santa Marina la Real: los hermanos del Santo Cristo del Desenclavo celebran su Ronda.

Hay multitud de gente en la calle. Es una noche de inusual temperatura templada. Por el camino, en El Cid, una parada, una limonada y una "tapina" para recuperar fuerzas.

Dejo atrás Torres de Omaña y me dirijo a Santa Marina por la calle Serranos. En la medida que avanzo sobre su adoquinado, el



bullicio se va calmando y, aunque a la entrada del templo hay mucha gente esperando, nos rodea una calma silenciosa y generalizada.



En el interior del templo hay un concierto del grupo vocal Cantarte. Ha resultado imposible entrar, pero finalizan su actuación saliendo al exterior, donde podemos apreciar el majestuoso sonido de su interpretación.



Comienza entonces, con los timbales y carracas y la tenebrosa iluminación que configuran las antorchas, la Ronda Lírico Pasional, cuyo mantenedor en esta ocasión es Gonzalo Márquez García, quien a lo largo de siete alocuciones trasladará a los presentes por las calles del viejo León, por inten-

sas emociones al adentrarse en el profundo sentido de la Semana Santa leonesa.

Tras la primera alocución me dirijo de nuevo a San Francisco en busca de la Cofradía de las Siete Palabras de Jesús en la Cruz. A la una de la mañana, sentada en lo alto de la muralla de la calle las Cercas, doy las gracias a quien me propuso acudir a todos los actos del Miércoles. Llevo cinco horas de ruta sin descanso, disfrutando de cada instante, pero este momento es diferente; es la primera vez que asisto a este Vía Crucis.



Me siento superada por la belleza de este escenario: la arquitectura de canto rodado de la muralla, su continuidad con el adoquinado

del suelo, la luz tenue de los faroles y las pocas personas que asistimos a este espectáculo de sentimientos.

Los hermanos entran en la calle. No hay público agolpándose en aceras, solo unos pocos nos situamos en la parte alta de la muralla.



Avanzan portando velones encendidos, y su silencio se arropa entre las dos paredes de piedra y no se deja interrumpir más que por los rezos, murmullo de voces amortiguadas por sus capirotos blancos. La escena fascinaría al más incrédulo de los espectadores. Es el



momento de la reflexión más profunda; ha llegado la madrugada, antesala de una jornada que presagia drama, en la que recordaremos el amor fraterno de aquel que vino a servir y dar vida.

Desde lo alto de la muralla puedo observar al Cristo de los Balderas con una perspectiva diferente. El semblante de esta talla y el ambiente generado por todo lo que mis sentidos pueden percibir, han provocado en mí un escalofrío, no sé si es de frío o producto de la emoción sentida.

Regreso a casa, es la una y media de la "madrugá", y la intensidad de esta jornada parece no cesar. Aún me encuentro con la Ronda del Desenclavo en San Martín, y la sigo hasta la quinta alocución, en la Asociación Leonesa de Caridad.

Ahora sí que dejo el "guion" en mi bolso y me encamino a descansar. ¡Ya es Jueves Santo!

## Jueves Santo

Recuerdos de Jorge Revenga

Quizás me exceda en el encargo. Pero, para ser justos, el Jueves Santo da comienzo –bendito comienzo– a las 0 horas. ¿O no? Pues eso.

Desde hace algunos años, todos los Miércoles Santos, cuando el *Silencio* recoge sus enseres –que primero es la obligación y, después, la devoción– me reúno en torno a una buena mesa repleta de manjares *semanasnteros* con algún papón de acera y algún otro de Viernes Santo –solo, qué pena por ellos– de tal modo que, cuando la sobremesa se convierte en una apuesta por degustar orujos o *gin-tonics* –que



uno ya está mayor y prefiere algo más británico–, el que les habla abandona el lugar para escoltar desde la lejanía al Señor de los Balderas. Y es que, si pasara una madrugada de Jueves sin verle, estoy casi seguro que no podría conciliar el sueño. Total, que mejor que los somníferos es saborear ese Via Crucis realizado entre piedras centenarias y tallado, a golpe de sístole y diástole destemplados, con el corazón de los hermanos de las Siete Palabras.



La Taberna –además– nos permitió utilizar su mirador así que, tras presenciar al Señor por las calles hasta casi tocarlo, se nos ofreció observarle más cerca del cielo, cuando La Rúa es de Él y de nadie más...

Solo tras escuchar *La Madrugá*, mientras se encerraba en su casa, pudimos ir tranquilos para casa con al sensación del deber cumplido. Nobleza obliga.

Dicen los más sabios galenos que, a partir de cierta edad, si no te duele algo cuando te levantas, es que no estás en este mundo. Y debe de ser cierto porque, esa mañana, cuando puse el pie en el suelo, la sensación fue de tener agujetas hasta en la lengua. Pero La Horqueta paga bien, y los contratos están para cumplirse. De tal modo que, tras una ducha reparadora y un buen café humeante, me



fui a cubrir el Jueves completo con la sensación de haber escogido casi el mejor día ya que, de la mañana a la noche, el *paponeo* es constante. ¿Hay algo mejor para quien ama la Semana Santa?

No escogí la salida de la Bienaventuranza sino que, a contra procesión, subí por las calles del Húmedo con la guía permanente de tambores lejanos. ¡Qué sensación más agradable el buscar una procesión desde sus sonidos con calles semivacías! Mi corazón se aceleraba a medida que los *rantanplanes* los percibía más cerca.

Y, apostado en una esquina, en primera *línea de fuego*, como los valientes, que para eso llevo atajando desde pequeño, se me acercó la procesión hasta rozarme, como debe verse un cortejo en calles estrechas, pudiendo agradecer con la mirada, una sonrisa y hasta con algún que otro apretón de manos o la entrega de una estampa, a los hermanos su esfuerzo.

Además, la ubicación y los giros de la plaza hacia la calle Fernández Cadórniga me permitió hasta ofrecer mi ayuda –espiritual eso sí– a los braceros. Desde el bar, alguno presenciaba impertérrito el paso de la procesión. Y es que, para qué negarlo, nadie ha dicho que esté prohibido mezclar Pasión con otras *pasiones*...

Al mirar algún balcón hasta pensé que estuviera en Sevilla pues, cada vez con más profusión, se engalanan unos y otros y me hizo reflexionar –con alegría, para qué negarlo– sobre la evolución y el crecimiento que ha tenido nuestra Semana Santa en los últimos años. Si antes



creíamos unos pocos que León es ciudad de Semana Santa, ahora ya hay otros muchos que lo piensan y practican. *Verba movem; exempla trahum*, de tal modo que hoy por hoy, se puede respirar hondo y decir a los cuatro vientos que León renace en primavera, se viste de gala y acoge a quienes nos visitan con los brazos abiertos mostrando sus mejores encantos.



Y a mí, que soy leonés y quiero a León por encima de muchas otras cosas, esa maravillosa transformación me hace estar ensoñado diez días –al menos– y con la sonrisa perpetua.



Hasta los globos, esos que cierran las procesiones tras las presidencias, dan un toque de color especial a nuestra incipiente primavera. Y es que no hay que ser cerrado de mollera. La ciudad está de fiesta. Y en las fiestas, hay que ser tolerante

y comprender que el asueto de unos es el medio de vida de otros. ¿Vamos a prohibir también los carritos de las obleas –*oleas*, en leonés– delante de las cruces de guía?

Hay que ser de mente abierta. ¡Pero si hasta las presidencias de las procesiones van ahora conectadas a internet y por GPS! ¡Si hasta el clero necesita *whatsapp*!

Como uno, como he dicho, lleva muchas procesiones a sus espaldas y se sabe casi de memoria los recorridos –salvo cuando se modifican, que de todo hay en la viña del Señor– una vez dicho el adiós a la cola, me acerqué a escuchar el Pregón a Caballo en la plaza Mayor. Sé que, acaso, alguien pueda decirme que el mejor momento es el que abre el acto, el del Ayuntamiento, y yo –que



reconozco que un poco raro sí soy para esto de la Semana Santa— le diría que se equivoca. Que solo por las calles del viejo León se perciben los cascos de los caballos por una ciudad semivacía en esas rúas pues, la mayoría de los parroquianos, están en el centro y en los alrededores de Santa Nonia, y a mí me gusta ir a *contracorrente*. En casi todo, por cierto.



De la plaza corrí a San Isidoro, pues no hay dos sin tres y me gusta oír el Pregón en varios sitios, por disfrutar los sonidos y los diversos escenarios. Ya sé que soy raro. Ya lo he plasmado. Pero no se preocupen. Tengo controlada la enfermedad, al menos de momento. Y, por cierto, no soy el único. Tras escuchar la lectura en la Diputación me fui —no sin antes asombrarme por el gentío que abarrotaba las tribunas de Botines— a escuchar la también centenaria *jaculatoria*: una perra “pa” Jesús, entre golpes de horqueta y de monedas. Y a probar, cómo no, la limonada y el queso en Santa Nonia.

Quien piense que las dos o tres rondas de limonada —con sus tapas, por supuesto— fueron suficientes para paliar el hambre y la sed, se equivoca de cabo a rabo. La cercana localidad de Villaobispo y un afamado figón de esa zona hizo las delicias de los que, cansados como perros pero felices de ver León hasta la bandera, hicimos el esfuerzo de no dejar ni una miga en los platos que, al fin y al cabo, desde pequeño, se nos dice que



nada puede dejarse, *que es pecado*.



Quise ir al Oficio de Tinieblas pero una demasiado prolongada siesta —lo reconozco—, el cansancio acumulado y el pensar que sin ubicuidad no podría cubrir todos los actos, hizo que, encaramado a la comodidad, me apostara en la plaza de la Catedral sobre las siete y



media. El plan –que cumplí, por cierto– era ver las tres procesiones que transitan por Regla en esa ubicación.

Ante mis ojos salió la Cena, y pude vibrar con la “otra” Cena, esa que, desde hace quince años pone notas de oro sobre pentagramas de sueños.

Me asombré por ver a la banda de la Real Cofradía de Minerva y Vera Cruz salir en procesión de traje sin que –que yo sepa– se produjera ningún cisma ni se acusara de anatema a los músicos (¡ay cómo cambian los tiempos!)...



Y cuando el imponente paso que evoca la primera eucaristía de la historia perdía su figura por la Ancha, cuando la tarde empezaba a languidecer y la luna llena se asomaba detrás del Palacio del Obispo, a empujones –que la gente se pone muy nerviosa cuando observa procesiones desde las aceras–, me aposté en la esquina contraria a la que había estado para ver a *Las Marías* y, un poco más tarde, al *Gran Poder* que, al fin y al cabo, ya de estar...



Observé mucha gente –mucha, lo aseguro– con guías en la mano al paso de los cortejos, oí alguna tontería sobre este o aquel paso – más por desconocimiento que por mala fe– y me asombró una foránea que dijo venir de Cataluña y que conocía a la perfección las costumbres, las cofradías, los pasos y la historia de nuestra Semana Santa. Y la sensación que

tuve fue, nuevamente, enorgullecerme de todos los comentarios. Hasta de los insulsos. Porque, al fin y al cabo, allí, en la calle, a pie de procesión, estaban miles de almas disfrutando de una Semana Santa cada vez más espléndida y sonora allende León.



María del Dulce Nombre apareció con su primer paso *mutilado*, de tal modo que las mujeres no eran consoladas por nadie en ese misterio. Y es que, a la salida, un incidente con la talla de Cristo hizo que la misma cayera como si hubiera sufrido dos disparos y hubiera de ser "atendido de urgencias". La instantánea de quien estuvo al pie de la noticia (¡gracias, Motorines!) lo atestigua.

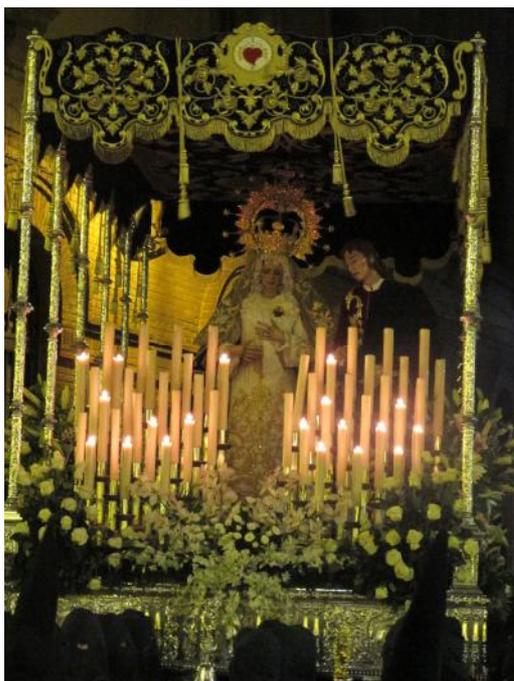
Lo curioso es que más de un espectador ni siquiera advirtió que en el paso faltaba una figura. Yo, que en ese momento nada sabía del accidente, no entendía nada. Hasta pensé que esa Cruz desnuda era una licencia –nueva– del autor; una alegoría, aunque enseguida me di cuenta que algo habría pasado...



Las hermanas, como siempre, llevaban una especial cadencia en procesión como si todavía –como cuando empezaron su andadura hace ahora veinticinco años– tuvieran que demostrar que mujer y Semana Santa no son términos contradictorios. Y es que, para qué negarlo, también en eso, en nuestra Semana Santa está empezando a caer otro gran tabú para los *papones de rancio abolengo*. Y ya nadie –o casi nadie– se rasga las vestiduras con los trajes de las bandas y en pocos años (den tiempo al tiempo) nadie se acordará de que, no hace mucho, hombres y mujeres no se mezclaban en las cofradías.



Sin solución de continuidad, tras la Virgen de los ojos verdes apareció en la plaza de Regla el paso de los Apóstoles, nuevamente entre protestas del numeroso y, en ocasiones, poco paciente e irrespetuoso público que, por no conocer por dónde transitan los corte-



jos, eran reubicados –con no demasiados buenos modos, todo hay que decirlo– por guardias y personal de seguridad que movían las vallas sin demasiados miramientos. Y así como hay hermanos que bajo el escudo de *este es mi brazo* no se mueven en las andas ni aunque les echas agua hirviendo, en la calle, más de un espectador parecía estar encadenado al suelo gritando *este es mi sitio*. Yo que soy una persona que huye de conflictos innecesarios so pena de no poder sacar alguna foto de mejor calidad, me retiré a los fondos que, al fin y al cabo, podría saborear con una visión más amplia los momentos de *La Despedida*.

Tengo que decir, para que el Gran Poder mejore su puesta en escena, que la megafonía era desastrosa, de tal modo que había que hacer un ejercicio de buena voluntad para poder oír. Es cierto que el gentío no respetaba los silencios. Y acaso, también, el orador no invitaba a la atención con un tono monocorde, poco apasionado y acaso quizás demasiado eclesial. Que aunque ya sabemos lo que representa lo que se lleva en los hombros, quizás pueda bajarse a un terreno más humano para enamorar a los oyentes.



De todas formas y a pesar de esos pequeños inconvenientes, la plaza estaba repleta y todos disfrutaron de ese momento que lleva a los papones de negro y plata por la calles de León en Jueves Santo.

Para cumplir fielmente el encargo debía acudir a ver la Procesión del Santo Cristo de las Injurias no sin



antes –eso pensé, incauto de mí– tomar un refrigerio en algún bar del Barrio Romántico. La tarea se tornó en algo imposible. En todos los bares (lo juro) había hasta cuatro y cinco filas de parroquianos contadas desde la barra, de tal modo que era imposible pedir en un tiempo razonable. Ningún Jueves Santo de los que recuerdo vi la ciudad tan repleta de gentes ansiosas de disfrutar. ¡Cómo debió de ser el asunto cuando la siempre plañidera hostelería legionense reconoció públicamente que había sido la Semana Santa más importante de su existencia en términos económicos! Vamos, que como para suprimir procesiones o

cambiar recorridos como sugirió, hace algún tiempo, un representante de la hostelería leonesa que, por lo que se ve, carecía de ojo clínico. Y de poca habilidad protocolaria.

Cuando la cruz de difuntos se acercó al lugar donde estaba apostado para el ver el paso de la procesión, apenas quedaba público en esa zona. Todos, absolutamente todos, estaban en los figones. Sobre las 11 de la noche, los hermanos del Desenclavo se acercaban lentamente a Santa Marina. Por el camino, habrían dejado muchos golpes de carraca y de matraca y es que, si se cerraban los ojos, en esa calle estrecha tan cercana al bullicio pero tan alejada del mundo en ese momento, hasta pude escuchar sonidos de un pasado remoto.



El incienso aun llenaba la noche de olor a Semana Santa. Las horquetas repicaban en el suelo, las cornetas nos hacían estremecer anunciando que en pocos minutos los hermanos de grana y negro iban a enclavar al Señor.

Una rabiosa luna llena iluminaba el Barrio de las Altas Torres y hasta en los bares –en todos, no como antaño que solo encontrabas algunos–, la Pasión leonesa estaba presente con carteles, con marchas y hasta con anuncios *ad hoc*. Y es que, hoy por hoy, quien viva de espaldas a la Semana Santa sabe que puede morir en el intento.



Tuve que correr. Lo reconozco. Hasta me choqué –levemente y con disculpas, por supuesto– con algún transeúnte porque las calles, a esa horas, estaban igual de repletas que a las doce de la mañana. Si no más. Con el resuello agitado llegué a la Ronda que pone en pie de procesión a la ciudad. Nunca había escuchado un orador más marcial. Cuando la voz me ordenó levantarme que *ya era hora*, haciendo caso



omiso me fui para casa a descansar. Solo tres horas después tendría yo que avisar a los hermanos para cumplir un compromiso con la historia...

El próximo año, si sigo contratado para estas tareas, exigiré al director que me provea de una bolsa con refrigerio y limonada que ningún Jueves Santo desde que mi memoria alcanza

pasé tanta hambre y sed por la tarde noche. Y uno hace horas extras, no hay problema. Pero las penas, con pan, son menos.

Amén.

## Viernes Santo

Recuerdos de Emilio Blanco Díez



Un amigo me ha pedido que relate mis vivencias acerca de cómo he vivido y visto el Viernes Santo. Yo, a través de este artículo, intento reflejar toda una vida de papón y, en especial, la del pasado 2015.

Para mí el Viernes Santo comienza muy tem-

prano, guardando la Sagrada Cena en su capilla del antiguo Colegio de Huérfanos Ferroviarios. Son las dos de la madrugada, tomamos un tentempié y comentamos las vicisitudes de la procesión de nuestro Jueves Santo, enlazando con los comentarios de cómo será la procesión de "Los Pasos" de este año.

Después de una breve cabezada me encamino al hotel París, como es costumbre familiar, para desayunar un café y una torrija. Así reúno fuerzas para el largo día que me espera. La primera parada es en Santa Nonia para ver en su esplendor los "pasos" antes de que comience la procesión, para admirar la frescura de las flores y la teatralidad de la puesta en escena.

Sin querer, mi mente se retrotrae cerca de medio siglo, cuando venía acompañando a mi padre, ya que como hermano de Santa Marta le tocó a él el honor de representar a su hermandad en esta manifestación



de piedad. Mi padre era un hombre muy implicado en la Semana Santa leonesa; fue el tercer presidente de aquella cofradía que había echado a andar no hacía tanto tiempo.



Una vez la procesión esté en la calle este año, me toca ver el Encuentro en una buhardilla de la plaza Mayor, honor que me

han dispensado familiares de mi consuegro Luis, papón y bracero del Nazareno de toda la vida.

¡Qué lejos quedan aquellos Viernes Santos en los que en esta misma plaza veía aquellos primeros Encuentros en los que solo seríamos cincuenta fieles! ¡Qué diferencia! La procesión no se detenía; había un breve encuentro entre la Virgen y San Juan. Ahora es espectacular ver la plaza llena a rebozar, tanto de espectadores como por los trece pasos. La música es protagonista en este Encuentro; se mezclan los sonidos de agrupaciones, bandas de cornetas y tambores cofrades y bandas municipal y militar.



Otro hito importante de esta procesión es el descanso en la plaza de Santo Martino, momento en que la mayoría de los papones aprovecha



para reponer fuerzas con la tradicional limonada y el no menos apetecible "bacalao". Este año en que la lluvia nos ha dado un respiro todos los establecimientos de hostelería de los alrededores se alegran por el numeroso público asistente.

Otro recuerdo entrañable, y un punto muy querido por mí es la recogida de la procesión delante del jardín de Correos. En mi infancia era la fachada principal del Hospicio Provincial, otro edificio que se tenía que haber conservado para solaz y disfrute de todos los leoneses, y que la

piqueta, como a otros muchos, se llevó por delante. Con todo, y a pesar de ello no he mencionado los pasos, siento un verdadero cariño por ellos; por citar algunos, La Dolorosa, el *Ecce Homo* o el Cristo atado a la columna.



Es hora de volver a casa y sentarme a la mesa con la familia, y degustar ese menú cuaresmal tan tradicional y leonés de Viernes Santo. La Cuaresma pesa en un papón con educación católica.

Me preparo después de una breve siesta para ver el desfile procesional de las Siete Palabras. Siendo muy niño, el acto anterior a la procesión,

es decir, el sermón, se realizaba en la plaza de Botines que, como casi todo León, ha sufrido diferentes cambios. Este acto, como la mayoría, ha tenido que modificar su emplazamiento, realizándose en la actualidad en el interior de la iglesia de San Marcelo.

Hace muchos años la procesión salía del interior de la iglesia; en la actualidad, dadas sus proporciones y numerosos pasos, ha tenido que recurrir a la típica carpa. Recuerdo que, siendo aún niño, entre los cofrades de las Siete Palabras se instalaba el nerviosismo, ya que el Cristo de los Balderas, Titular de la cofradía, procesionaba por la mañana en los Pasos, y no siempre llegaba a su hora o a la hora que ellos consideraban idónea para colocarlo en su trono. Para evitar estos trasiegos y el deterioro de una obra tan valiosa, la autoridad eclesiástica decidió que no procesionara.



Como la mayoría de las cofradías llamadas "blancas" o "nuevas" de aquel entonces, se tenía la costumbre de invitar a la procesión a aquellas agrupaciones afines. Por esa razón, cuando la Hermandad de



Santa Marta dispuso de Banda de Cornetas y Tambores, me tocó, como fundador de ésta, desfilar varios años en dicha procesión.

Nada más terminar de pasar delante de mí esta procesión en la calle de Julio del Campo me entran las prisas para poder llegar a tiempo a la salida del Entierro de

Minerva. Recuerdo aquellos años de músico cuando, nada más acabar las Siete Palabras, mi banda tenía que ir a la carrera para participar en la procesión de Minerva. Aquellos años en los que había pocas bandas, la gente se arremolinaba en las aceras para vernos pasar tocando en ordinaria hasta San Martín.



No dejo de pensar en dos pasos de esta procesión grabados en mi retina, muy queridos por mí, como son El Descendimiento, a ruedas, y la Urna, que desfilaba de color negro por aquel entonces. En los tiempos que corren, y en los venideros, no podemos imaginarnos a un batallón del Ejército engalanado desfilando al final de la procesión, como tampoco se imaginarán nuestros lectores a la gente agolpada en las aceras del recorrido

procesional caer de hinojos al paso del Cristo Yacente.

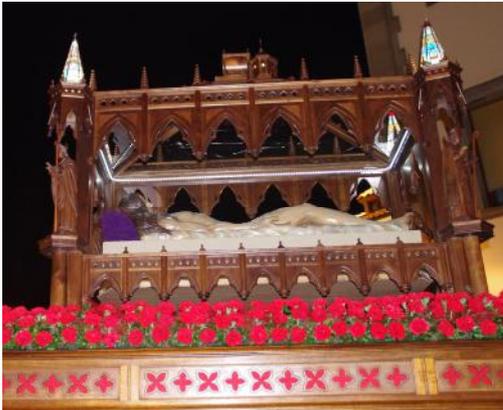


A Minerva la tengo que llevar en mi corazón, pues fue la cofradía que apoyó a la mía, Santa Marta, en sus comienzos, y con la que la hermandad desfilaba invitada en esta importante procesión desde su fundación. Los tiempos y las nuevas costumbres

hicieron que esta invitación cayera en desuso, algo que lamento y que los nuevos dirigentes olvidan.

En mi segundo mandato como presidente de la Hermandad de Santa Marta, debido a la inclemencia del tiempo, me mojé de principio a fin de la procesión. Y, al ser esta la "oficial", era mi obligación asistir. Fue el colofón a toda una "carrera" de papón.

Tengo que moverme rápido para ver el final de la procesión; hay que ver mecer los tronos antes de entrar en el patio de las monjas. Pero como buen nostálgico, me gustaba más el final del Entierro en Palat del Rey que en el emplazamiento actual de la plaza del Grano.



Espero que esta crónica, no muy al uso, pero sí cariñosa, les sirva a los lectores para tener otro punto de vista del Viernes Santo del pasado año 2015.

Aprovecho esta oportunidad para hacer público en mi vida paponil mi agradecimiento más cariñoso a mi buen amigo Evaristo, y también a mi querida esposa Angelines, pues sin su apoyo no hubiese dedicado tanto tiempo y energías a esta nuestra Semana Santa.

## Sábado Santo

Recuerdos de Paco Frade

### Desenclavo, Soledad y Luz

A Diego Barbolla,  
él sabe por qué...

Dicen que ya ha pasado 'lo gordo', pero aún queda Semana Santa por delante... Es Sábado Santo, y después del *camino* que llevamos andado, en especial estos últimos días, con procesiones mañana y tarde, bien se agradecen siquiera unas horas de calma.



De calma... relativa, claro, que por la mañana toca visitar los *montajes* del Desenclavo, Sepulcro y Jesús Divino Obrero en el Colegio Leonés, la plaza de la Catedral y La Filial

respectivamente. Aunque sin madrugar demasiado. Una limonada –o un par de ellas, no lo recuerdo bien–, y a comer, que la tarde cofrade comenzaba sin apenas tiempo para el descanso.

A las cinco menos cuarto abría sus puertas de la calle Serranos el Colegio Leonés. Y la cofradía con sede justo en frente, en la histórica parroquia leonesa de Santa Marina la Real, inauguraba la jornada del Sábado camino de San Isidoro, en donde realizaría su acto principal y que da nombre a la penitencial: el Desenclavo de Cristo.

De toda esta primera parte de la procesión, me quedo con la calle del Cardenal Landázuri, quizá por ser más íntima, a lo que ayuda que no haya demasiada gente. Además, las Clarisas le cantan la Salve a la Virgen del Desconsuelo –que lleva en su mano una rosa roja– a su paso por el convento.



Al dejar atrás Landázuri, el cortejo sale a la plaza de la Catedral, en donde les están esperando los miembros la junta de gobierno del Sepulcro –ultimando ya los preparativos de su procesión, que dará comienzo apenas unas horas más tarde–, vestidos con túnica, y capirote en mano, para hacer entrega de un ramo de flores; y escoltados, aunque sin pretenderlo, por unos cuantos fotógrafos a la ‘caza’ de la típica *postal* con la *Pulchra* de fondo.



El momento central de la procesión, decía, es el Desencravo de Cristo frente a la puerta del Perdón de San Isidoro, en donde es recibida por la cofradía del Pendón. Y uno de los principales actos de toda la Semana Santa leonesa. Así, entre una gran cantidad de gente, y mientras las braceras cantan ‘las Llagas’, Cristo es bajado de la cruz por tres hermanos, presentado a su Madre, y colocado después en otro trono para continuar la procesión ya como Yacente. Y el lugar que ocupaba el Crucificado será ocupado por una Piedad cedida por la parroquia de Las Ventas.



Finalizado el acto del Desencravo, y con el cortejo ya de vuelta a Santa Marina, abandono esta procesión para dirigirme a la de Jesús Divino Obrero, que está ya entrando en la plaza de Regla.

Así, al abrigo de la catedral, fueron pasando La Cruz de la Esperanza, el Traslado al Sepulcro, San Juan y las Tres Marías. La Soledad –que da nombre a la procesión–, vestida completamente de negro, ‘brillaba’ con luz propia...

Y, entre unos pasos y otros, papones con cruz –incluidos los de las Siete Palabras, con quien están hermanados–; y, entre ellos, unos cuantos niños, que aseguran de alguna forma el mañana de nuestra Semana Santa.

La procesión siguió su camino por Sierra Pambley, y yo el mío calle Ancha abajo, en busca de la procesión de la Luz que organiza el Sepulcro, que no *andaría* lejos de San Marcelo.

Y no lo estaba. La cruz de guía se encontraba ya casi delante de la capilla del Cristo de la Victoria, así que no llegué a tiempo a la entrega del fuego que, desde el paso del Hombre Nuevo, se acababa de ofrecer a la parroquia de San Marcelo para su vigilia pascual.

Precisamente al paso de El Hombre Nuevo le precedía el Titular de la cofradía, el del Santo Sepulcro, al que ponía música el trío de capilla Legio VII, creando un ambiente de recogimiento que es difícil de olvidar.



Por último, cerraba la procesión un nuevo paso que recorría las calles de León por vez primera: la Virgen de la Luz, que representa el momento en que María deja a un lado el dolor por la muerte de Su Hijo y empieza a mostrar la esperanza de la Resurrección. Obra de los gaditanos Ana Rey y Ángel Pantoja, era sin duda el gran estreno de la Semana Santa leonesa de 2015... y también de los últimos años.

Con ese buen sabor de boca, di por finalizado mi Sábado Santo. La Semana anunciaba que estaba próximo su fin, pero aún quedaba un *largo* Domingo de Resurrección por delante...

## Domingo de Resurrección

Recuerdos de Vicente Fernández Álvarez



Recuerdo a un niño, sin tradición *semana-santera*, que volvía locos a sus padres para que le llevaran a ver el Encuentro, ese donde le habían contado se soltaban muchas palomas delante de la catedral. Y allí fueron y, al llegar, torció su gesto al ver tanta gente esperando al Resucitado

y a su Madre, pero las viejas rejas de nuestra *Pulchra leonina* y el brazo de su padre hicieron que la sonrisa apareciera en su cara desde tan privilegiado balcón. Dicen que la primera impresión es la que cuenta, y ese triunfal Cristo, ese papón encima del paso cambiando a la Virgen, ver a los papones quitarse los capillos y capirote, cómo no las palomas, y esas, para él, novedosas gaitas, perduran aún en su memoria.

Recuerdo a un adolescente al cual sus amigos le abandonaban porque ver la procesión una vez estaba bien, pero eso de seguirla y correr desde Obispo Almarcha hasta Plegaria, y luego a Puerta Obispo... no entraba en sus planes de la mañana de ese Domingo; de verla al mediodía, o encerrar, mejor ni hablamos...



Recuerdo que luego, durante unos años, el cansancio acumulado durante la Santa Semana hizo mella en él, y ya pasó a verla en la reanudación conjunta; la zona de San Isidoro y el Cid le quedaban cerca de casa y se convirtieron en sus lugares de



acera. El canto de la Salve por las Siervas de Jesús y el discurrir del cortejo unificado y descubierto fueron en esa época su referencia.

Recuerdo que después su pertenencia a una agrupación musical y que esta tocara ese día fuera de la ciudad hizo que se perdiera la procesión

de los del barrio del Ejido, no sin previo encargo a conocidos o amigos para que se la grabaran.

Recuerdo su asistencia como representación a la procesión durante dos años, en los cuales tuvo otra visión tanto de la organización, como del discurrir de la procesión, así como poder contemplar el Encuentro desde un lugar privilegiado. La asistencia a la solemne misa también le descubrió nuevas sensaciones... No debemos olvidar que este es un día grande en la vida cristiana, es un día de Resurrección.

Recuerdo, ya más cercanamente, y acompañado de un buen amigo, alguna interminable "chicotá" para el San Juan en las primeras horas de la mañana, el Encuentro visto desde lejos y, luego, cerca de La Serna, un chocolate con churros y mistela (al año siguiente con su mujer y sus hijos repitió el plan al completo, será porque fue bueno...). Al mediodía era la hora elegida para, ya con la familia, ver a los del Divino Obrero en su vuelta a casa.



Recuerdo, ya en este año, que vio la procesión al principio de la calle Ancha. Muchas caras sonrientes, muchos conocidos, muchos saludos a sus hijos, muy buen tiempo... Todo espléndido. Y, mientras veía alejarse el final, daba gracias a la Soledad por la gran Semana que había podido vivir, sentir y disfrutar con familiares y amigos, y recordaba a los que ya no están y, cómo no, pensaba en que ya quedaba menos de un año para la siguiente, y que ojalá algún día pudiera escribir: ¡Recuerdo otra Semana Santa como la de este año!